

TRANSKRYPCJA NAGRAŃ

Tarea 1

Hablante A

Tal y como era como jugador, así es como entrenador. La exigencia es innegociable. En los partidos y en los entrenamientos. Con los jugadores y con su cuerpo técnico. No da lugar a relajarse. Llega el primero y se va el último. Quiere que sus equipos compitan por encima de todo. Siempre hay que ganar, a toda costa. Controla cualquier ámbito del funcionamiento del equipo. Es un apasionado. Le veo preparado para entrenar en Primera División. Es muy joven, tendría que modificar alguna cosa, pero ante la pregunta de si está preparado, mi respuesta es sí. Lo veremos pronto entrenando a los mejores. Esa es mi predicción.

Hablante B

Su lema es claro: luchar hasta el final. El primer día que me vi ante él flipé. Nos metió caña y yo decía: "Madre mía, el año que me espera". En un partido, me quedé solo delante del portero, quise superarlo haciendo la maniobra de la *cucharita* y fallé. El entrenador vino por detrás y, sonriendo, me preguntó que si pensaba que era muy fácil hacerlo. Evidentemente, me estaba picando, me provocaba para motivarme. Pero esos trucos no me convencen, no me gustan. Sé que es bueno para mí, pero me lo tomo como que me está agrediendo. Es extremadamente riguroso y te regaña, pero lo hace porque sabe el potencial que llevas dentro y quiere ayudarte en tu futuro profesional.

Hablante C

Futbolísticamente quiere que sus equipos sean dominantes, dinámicos, que reten al adversario. Le gusta que tengan un ritmo alto, que progresen. Le enfada la falta de esfuerzo, la falta de compromiso. También le molesta que otros quieran reproducir sus antiguas jugadas o su táctica insólita, pero eficaz. Quiere que cada uno elija su camino... Un día veníamos de jugar un torneo y habíamos perdido. Volvíamos en autobús y él estaba muy callado. De repente, se levantó y se disculpó porque no se había cumplido ninguna de sus predicciones sobre el partido, así que nos dio unas nuevas pautas de trabajo para el día siguiente. Había venido pensando qué era lo que tenía que cambiar, totalmente absorto, hasta que dio con la clave, porque los cambios que introdujo posteriormente fueron muy beneficiosos para el equipo.

Hablante D

No sé si de verdad quiere desarrollar su futuro profesional como entrenador, pero se nota que tiene aptitudes. Lo veo muy formativo y muy educador. Se nota que está muy motivado con lo que hace y está abierto a todo. Lo que más llama la atención a los jugadores es que en muchos momentos su entrenador parece un visionario. Les dice dónde van a ganar el partido y cómo. Y les dice dónde y por qué pueden perderlo. También están sorprendidos esta temporada por cómo en un mismo encuentro, haciendo un movimiento de uno o dos hombres, el equipo cambia su sistema. Y es que le encantan los retos tácticos. Es algo automático. Lo están trabajando mucho y con un gesto ya saben lo que tienen que hacer.

Adaptado de Enrique Ortego, *El País*

Tarea 2

Texto 1

Periodista: ¿Cómo venderías el espectáculo “Invención” en una frase?

Entrevistado: Es mi visión de la magia del siglo XXI. Uso un contexto totalmente nuevo, muy tecnológico, para hacer mis trucos de magia. Uno de ellos, que voy a presentar dentro de poco, es hacer invisible a una persona del público durante unos instantes. Me echa una mano o, mejor dicho, un cable el robot Andy. Andy representa a este espectador actual escéptico que se sienta en su butaca con una sonrisa burlona dispuesto a desacreditarme. Tengo que tratar de convencerlo, hacerle ver lo imposible. Mi amigo Andy me lo va a poner difícil en el escenario, pero creo que acabará convencido.

Periodista: ¿Cómo fueron tus primeros pasos con la magia?

Entrevistado: Tenía un amigo fascinado por los cuadernillos de magia. Fue él quien me habló de una tienda llamada Magia Estudio. Más bien por curiosidad que por verdadero interés fui allí con él y conocí a doña Encarnita. Ese primer inicio es siempre muy importante y yo le reconoceré siempre a doña Encarnita que lo hiciera tan bien y que me insistiera en no rendirme en el caso de que no me salieran los trucos. Podía haberme recomendado cosas que no fueran adecuadas y que me produjeran impotencia o rabia, pero no fue así. Me empujó a ir a la escuela de magia de Ana Tamariz, que tanto me enseñó más tarde.

Periodista: Hace unos años triunfó en la televisión un programa en el que se revelaban los trucos a través de un mago enmascarado. ¿Qué opinas sobre esto?

Entrevistado: Los magos queremos ilusionar y ese programa desenmascaraba trucos y eso nunca está bien, aunque el programa daba la talla, no estaba mal. Este formato no destacaba lo difícil que es hacer un truco de magia ni el trabajo que hay detrás. En el fondo, trabajamos con trucos la mar de ingeniosos que se han creado durante cientos de años para que los espectadores salgan ilusionados. Y ese programa ponía el foco en los detalles técnicos de los trucos, lo que yo considero lo menos importante. Lo importante es cómo se genera esa magia en el público.

Periodista: Hace dos años sufriste un accidente. ¿Te ha dejado secuelas?

Entrevistado: Fue algo muy dramático. Me atropelló un conductor que se dio a la fuga. Hubo varias semanas en que no podía mover los dedos de mi mano derecha. Pasé 6 horas en el quirófano y ahora mismo llevo dos placas y catorce tornillos en mi cuerpo, casi como el robot que uso en la función... Afortunadamente, el posoperatorio ha ido viento en popa. Podía haber perdido la vida o haberme quedado en una silla de ruedas. De todas maneras, aún no respiro tranquilo. A veces pienso que en el futuro aparecerán nuevas secuelas, que no estoy recuperado del todo. Aunque, por suerte, son solo pensamientos injustificados y más bien fugaces.

Texto 2

Me ha dicho el médico que me pese cada mañana. De ese modo, si un día cojo unos gramos, al día siguiente pondré los medios para perderlos. No es preciso añadir que se trata de un médico obsesivo, un tanto extraño, pero ni los médicos ni las esposas nos tocan en la lotería. Si estoy con él, me digo, por algo será. Por otro lado, me gusta la idea de corregir el martes los errores del lunes. Lo primero que hago a primera hora al sentarme frente al ordenador es repasar las páginas escritas la jornada anterior. Siempre tacho algunas palabras o añado otras. Gracias al médico obsesivo he empezado a relacionarme con mi cuerpo como si fuera una novela que escribo día a día. Hoy peso 200 gramos más que ayer por culpa de una cena que ni siquiera me hizo feliz. Pues nada: a tachar esos doscientos gramos a base de frutas y punto.

Tachar kilos es tan difícil como tachar adjetivos. Se les coge cariño a los unos y a los otros. Aunque sabes que no le vienen bien a la escritura ni al cuerpo, te cuesta cortar por lo sano, esa es la verdad. Pero quiero insistir en la idea del cuerpo como novela; a veces, como novela de terror. Me hice unos análisis que me entregaron en un sobre cerrado donde ponía la palabra «confidencial». Iba por la calle con aquel sobre debajo del brazo como si fuera un agente del Centro Nacional de Inteligencia. Pero solo era un espía de mi propio cuerpo. Se lo entregué al médico y fue entonces cuando me recomendó que me pesara todos los días, para tachar el miércoles los gramos de más escritos durante el martes. En eso estoy.

Para amortizar la báscula, me peso siempre que paso cerca de ella. Por las noches, no sé por qué, peso siempre dos kilos más que por la mañana. Pero son dos kilos que se tachan solos, también de forma inexplicable, durante el sueño, como si los gramos se colaran por un sumidero invisible. El otro día me desperté de madrugada y estuve una hora sobre la báscula para sorprender al cuerpo en el instante de adelgazar, pero es más difícil que ver crecer la hierba. He hecho también experimentos con algunos libros. Las novelas pesan más por la noche que por la mañana. La poesía, en cambio, siempre pesa igual. Cuestión de metabolismo, supongo.

Adaptado de Juan José Millás, *Curiosidades*

Tarea 3

Hace algunos días me encontré con un interesante artículo sobre Margaret Mead, antropóloga, escritora, maestra, intelectual y feminista estadounidense que con su amplia obra y estudios sobre la cultura ha dejado una huella indiscutible en el mundo de la antropología.

El artículo trataba sobre el momento en que un alumno preguntó a la antropóloga sobre el primer signo que para ella indicaba la civilización de una cultura. El alumno esperaba que Mead hablara sobre anzuelos, ollas de arcilla o piedras de afilar. Pero su respuesta no versó sobre los inventos del hombre, sino que fue algo imprevisto, seguramente inesperado tanto para el alumno como para el resto de la audiencia. Mead dijo que la primera señal de civilización en una cultura antigua era un hueso de un muslo, un fémur, roto y cicatrizado.

La antropóloga explicó que en el reino animal, si te rompes una pierna, mueres. No puedes huir del peligro ni cazar. Exhausto e indefenso te conviertes en carne fresca para los depredadores. Estás condenado a la muerte. Un fémur roto que cicatrizó es evidencia de que alguien tuvo tiempo para quedarse con el que cayó, trató la herida, llevó a la persona a un lugar seguro y cuidó de ella hasta que se recuperó. En resumen, la civilización empieza con la manifestación de una persona que ayuda a otra.

Esto me hizo reflexionar sobre todos los signos que ahora consideramos como un “avance”: tecnológicos, económicos, científicos, de infraestructura. El ejemplo que Margaret dio como inicio de la civilización implica un desprendimiento, una conciencia del nosotros sobre el yo, una actitud solidaria que implica dar algo de mí aun sin recibir nada a cambio. Pero yo afirmo que en eso no solo no hemos avanzado, sino que vamos en retroceso. Ayudar a otro es cualidad de pocos, es una frase muy utilizada, pero raramente puesta en práctica a menos que sea a cambio de algo. El egoísmo que gran parte de la población ha desarrollado como un modo de vida nos aleja del concepto de civilización. Creo que para salvarnos como sociedad debemos volver a los orígenes y recuperar el valor del entramado social, de la solidaridad, por encima del individualismo. Siempre es oportuno pensar en el fémur de Mead.

Adaptado de www.milenio.com